

PAULINO GARAGORRI: «Ejercicios intelectuales.» *Revista de Occidente*.
Madrid, 1967.

El título anuncia una serie de trabajos y artículos, cuya misión no es *resolver*, sino *estimular* razonando y esclareciendo. Este libro está movido por el «ánimo razonador» y la «preocupación esclarecedora».

Elegiré, para comentar, un trabajo que me parece reflejar bien lo que acabo de afirmar: «La ciencia y sus raíces», en el que se da cuenta de los inconvenientes del especialismo y de las ideas generales en la investigación científica y de algunos intentos de solución—lo que el autor llama «ideas enteras».

El padre de la bomba H, Edward Teller, ha descrito magníficamente las dificultades del especialismo, por un lado, y de las ideas generales, por otro: «Es indudable que el estudioso, al especializarse, consigue saber mucho y con minucioso detalle sobre el acotado campo que analiza, pero al progresar en esa dirección, al ir sabiendo cada vez más de un sector cada vez menor, consigue llegar a saberlo todo, pero de... nada, logra ser un sabio en naderías. En dirección opuesta avanza el cultivador de ideas generales; éste asimila nociones cada vez más amplias, aunque forzosamente con un contenido cada vez más tenue; y, llevada también esta actitud a su extremo, el término es igualmente ridículo, porque remata en conceptos tan generales que constituyen un saber vacío, aunque acerca de todo.»

Hay que reconocer la necesidad de la especialización. En nuestra sociedad es ineludible y forzosa la *división del trabajo*: la carrera actual de la ciencia rebasa las capacidades aisladas de los individuos; requiere los equipos y la división. «El hombre contemporáneo—escribe Garagorri—ha de resignarse, pues, a ser parte de un todo para él inabarcable. El caso de un Aristóteles o un Descartes, compendio y avanzada del saber en su tiempo, es ya y desde hace mucho enteramente imposible.»

Pero el especialismo, dejado a sí mismo, empobrece a la inteligencia y hasta hace retroceder a la cultura. Las razones son varias. En primer lugar, prescinde del «campo inteligible», necesario para que los datos particulares adquieran sentido y sean comprensibles; ese concepto fue elaborado por Ortega en el prólogo a *Un estudio de la historia*, de Toynbee. El «campo inteligible» es un *entorno envolvente*. «El especialismo, retraído a una visión miope, demasiado próxima a los hechos particulares desatiende a ese requisito del conocimiento y cultiva las ventajas que en la práctica inmediata procura la limitación del horizonte.»

Una prueba *ab absurdum* de las dificultades de la especialización viene dada por el film de «Charlot» *Tiempos modernos*.

Se suele utilizar, para defender al especialismo, el argumento de la primacía de lo concreto, sin advertir que los datos concretos, al estar aislados, desligados del «campo inteligible», resultan abstracciones, simplificadoras abstracciones.

Otra dificultad del especialismo proviene de la dispersión y proliferación del lenguaje científico, que corrompe el vocabulario normal de la lengua en que se escribe. Compuesto de abreviaturas convencionales que no necesitan de la precisión por estar basadas en supuestos que sólo conocen los que las utilizan: es un lenguaje aparte del cotidiano y del de los escritores. «Lo propio del lenguaje técnico es atribuir a sus expresiones un alcance convencional, lleno de implícitos supuestos y, en definitiva, el ser sólo alusivo y no plenamente comunicativo.»

¿Traen más ventajas las generalidades y las síntesis? También éstas son necesarias en la cultura. Parte del influjo de Darwin y Marx se debe a que supieron dotar a sus teorías de fuerza generalizadora y de unidad. «Las ideas más generales para efectivamente «generalizarse» en la conciencia de las mentes necesitan encogerse bajo la especie de alguna síntesis que, a la vez, las condense y exprese.»

La importancia de la síntesis se advierte aún más en Teilhard de Chardin, que dijo de sí mismo: «Desde niño la aspiración a poseer algo absoluto fue el eje de mi vida interior...; algo de lo que todo lo demás no sea sino instrumento o adorno.»

Pero las ideas generales pecan de vacías y las síntesis de simples. También aquí se termina en la abstracción. Todo queda despojado de contenido humano y se regula «conforme a unos principios abstractos y puramente racionalistas».

Ante panorama tan negativo, ¿no habrá en el pensamiento actual algún otro método que compense tales inconvenientes? Sí, hay varios intentos. En todos ellos se da primacía a la *integración* en el acto de entender. «El hombre y lo humano van a constituir el elemento primordial en las nuevas hipótesis de conocimiento.»

Roger Caillois ha propuesto las *ciencias diagonales*, que tendrían por misión «relacionar los distintos descubrimientos, hallar sus correspondencias o posibles coincidencias; en suma, compensar el aislamiento del especialismo mediante una ciencia dedicada a la conexión de las especialidades cuya progresiva centrifugación las ha ido comunicando entre sí y con el centro de donde partieron, que no es otro sino los afanes directamente humanos»

C. A. Doxiadis ha propuesto la *ekística*, «ciencia conjunta y deliberadamente inespecializada; [que] aspira a poner a contribución múltiples saberes diversos para así lograr enfrentarse con los concretos problemas humanos, y, a partir de ellos, en la búsqueda de nuevas soluciones». Doxiadis ha aplicado estos principios a la arquitectura en su obra *Arquitectura en transición*.

El más significativo de los intentos es el que se contiene en las llamadas *ciencias humanas*, que los alemanes llaman *ciencias del espíritu* y que Ortega, con más acierto, llama *Humanidades*. «Esta nueva denominación revela la conciencia de que el elemento que puede y debe aglutinar la diversificación de las ciencias y que nos descubre su interna unidad es, precisamente, la consideración del hombre mismo como originario autor de todas ellas.»

A estos intentos de comprender de una manera nueva el acto de conocer, los denomina Garagorri con el término de «ideas enteras», en las que no se pierde nada del objeto conocido y no se prescinde del entronque con la vida humana que las elabora. Porque «para el hombre, aunque se enmascare bajo otras apariencias, el problema es siempre y radicalmente el hombre mismo. Las ciencias pueden alejarse y parecer ascender hacia regiones remotas, como la cometa a la que vamos dando hilo, pero si éste se corta de la mano del hombre, si la filiación humana de lo investigado se olvida, la cometa se convierte en un cuerpo que se mueve sin rumbo».—ROMANO GARCÍA.

LUIS JIMÉNEZ MARTOS: *Antología de poesía española 1964-1965*. Editorial Aguilar. Madrid, 1966; y *Antología de la poesía española 1965-1966*. Idem. Madrid, 1967.

En la primera de las antologías (1964-1965) estudia Jiménez Martos, a manera de prólogo, la década poética de la que estos libros son un justo testimonio. Desde su primera aparición (*Antología de poesía española 1954-1955*) hasta el volumen comentado, es posible seguir las ramificaciones del que él llama *proceso de humanización poética*; ramificaciones que, aun en desarrollo, distingue o denomina así: preocupación del hombre por su destino ultraterreno; preocupación por el *aquí* y *ahora* de la sociedad en que vive; preocupación por el conocimiento de sí mismo.

Ese sentido o trayectoria de las fuerzas poéticas en curso, de ritmo vivo y radical, al principio; más atemperado luego, con un pausable

decaimiento de las teorías cívicas y didácticas, un tanto hemeométricas en relación con la extensión teórica de las poéticas del neoclasicismo; esa corriente, en suma, de la poesía de la posguerra y de nuestros días la desmenuza el antologista en sus aspectos fenoménicos:

a) La intensísima dramatización del verso. Los poetas apuntan a las realidades radicales del hombre.

b) Esa dramatización, de origen y resultados románticos, pese a las tentativas neoclásicas, viene dada, principalmente, a través de ideas con temperatura.

c) El deseo de narrar y de reflexionar, hacia dentro o hacia fuera, obra en la transformación del lenguaje, sobre todo por medio del verso libre y el verso blanco. El prosaísmo, efecto inmediato de esta técnica, lo juzga lamentable, en cuanto que ha servido y sirve a empañar la capacidad de auténtica creación en algunos poetas.

Desde estos supuestos, nos adentramos en la antología. Y desde estos mismos supuestos, el antologista nos advierte varias agrupaciones o matices. Así, una línea de religiosidad agrupa a numerosos poetas, entre los que se incluye al Juan Ramón Jiménez de *Dios deseado y deseante*. Una idea de la patria pormenoriza los aspectos del paisaje español, subjetivamente sentido y expresado por distintos poetas. El tema de lo social, huyendo de lo localista y de tópico, se universaliza. Se observa como un renacimiento de la poesía amorosa.

Más por encima de los aspectos señalados, nos dice Jiménez Martos que un numeroso grupo de poetas reúne la común característica de la interiorización. Este conocimiento e indagación de sí mismo, esta expresión de intimidad, aparece frecuentemente apoyada en paisajes concretos.

No faltan en esta antología los poetas de tono mágico, ni los de tipo filosófico. Alguna voz surrealista aparece aisladamente.

Las formas dialectales de nuestra poesía son debidamente reflejadas. Los poetas catalanes y gallegos tienen amplio cobijo en estas páginas. Finalmente, dedica Jiménez Martos su último apartado a la poesía hispanoamericana. Como aclara el antologista, «ellos crean un clima integrador y traen a estas páginas lo que nunca debemos olvidar, y es el modo en que los poetas de América dicen». Están presentes, en esta recopilación, Argentina, Venezuela, Cuba, Perú, México, Nicaragua y Chile. Su lenguaje poético sirve, en general, de contraste con el de los poetas españoles. Cree Jiménez Martos que las mutuas influencias en esta hora han sido mínimas, aun cuando César Vallejo aletea magistralmente por encima de unos y de otros. Los poetas incluidos en este capítulo hispanoamericano son: R. Alonso, I. B. Anzoátegui, Jean Aristeguieta, G. Baquero, A. Canzani, M. R. Barnatán, A. Cilló-

niz, J. A. Contreras, A. Corcuera, P. A. Cuadra, T. Nava, S. Novo, O. Paz, H. Peña, M. Rafide, O. Rossardi, A. de Undurraga y L. Velázquez.

En la segunda de las antologías (1965-1966), el antologista, sirviendo a la noble idea de *poesía como lugar de convivencia*, procura sustraerse a los peligros de la intención de grupo, o de las tendencias unilaterales, tan frecuentes en las antologías que pululan sobre nuestro tiempo.

Conviene destacar, por lo clogiable, el espíritu de objetividad que preside, que siempre ha presidido estas antologías de Jiménez Martos. Ultimamente, ciertos poetas mediocres o descontentos han emprendido por su cuenta y riesgo la guerra de las antologías. En esta guerra, particular y jocosa, la virulencia de las omisiones y la sangre de tanta tinta inútil sucedió a la diatriba más franca, más abierta, de los clásicos *vejámenes literarios*. Entre el anecdotismo de tanto poeta antologista, la actividad poética va en aumento, en el sentido de las ediciones.

Descubre Jiménez Martos, en este ejercicio 1965-1966, una tendencia más acentuada hacia la poesía amorosa y hacia la objetivización del poema. Pero es el rigor en el lenguaje un aspecto de la nueva poesía que trata el antologista con un lógico interés. Dice éste: «Las palabras valen por sí mismas, aunque de algunos de ellos (*estos poetas rigoristas del lenguaje*) se haya dicho que son esteticistas». La revalorización del lenguaje puede apreciarse no sólo en los libros publicados, sino en los materiales extraídos de revistas, por lo que se advierte su carácter general. En resumen, según J. M., «la preocupación por decir de manera articulada y procurando darle sus derechos al idioma, que bien los merece, va en aumento. No por esta tendencia vamos a caer en el preciosismo, supongo».

Apostillamos nosotros: ¿acaso la generación del veintisiete podría ser considerada como preciosista? Verdaderamente, hemos vuelto los ojos hacia ella, con un máximo respeto. Quizá pueda ya hablarse de una nueva poesía española. No como de un estado poético definido, sino en los aspectos de un clima progresivo, en el que distinguimos ciertas materias nobles, alimento de la buena poesía española de siempre. Observamos, por ejemplo, la recuperación de su lenguaje, bloqueado hasta ahora por un equivocado prurito utilitario e ideológico. Los poetas que nos precedieron cometieron un grave error de planteamiento lingüístico. La trascendencia de la ideología social no era obstáculo para la dicción correcta y rica. La superestructura o el lugar poético en el cual se desarrolla la poesía actual es el que corresponde a una conciencia de sociedad de producción. La diferencia con los poetas anteriores —o con los libros y poemas anteriores—, esencialmente estriba en que aquéllos situaron su ámbito expresivo al mismo